

**John Edwards, *MARY I. ENGLAND'S CATHOLIC QUEEN*.
New Haven and London, Yale University Press, 2011.**

[Reseña]

El profesor John Edwards es bien conocido del lector español por ser uno de los hispanistas ingleses que más ha estudiado la España de la primera modernidad. Entre los no pocos campos del hispanismo inglés en las últimas décadas, uno de los más trabajados ha sido el de la Monarquía Hispánica de Isabel y Fernando y la de los Austrias. Primero fueron, básicamente, las aportaciones de John Elliott, luego las originadas por una efeméride tan notable como el centenario de la Gran Armada, en 1588, y también las contribuciones de otros notables historiadores, como por muestra las de Geoffrey Parker, centrándose estas aportaciones en la historia militar, los mecanismos de gobierno del Imperio y los hombres del rey, particularmente los validos. Así, se ha producido un gran avance en la biografía política, a través, sobre todo, de los estudios de corte, las tensiones entre facciones, el clientelismo de hechuras y criaturas de potentes ministros, etc., todo ello desde fines de los años ochenta y principios de los noventa. El primer objeto de atención lo constituyeron las personalidades con peso de gobierno, nobiliarias o no; después, los estudios históricos han evolucionado hasta centrarse en los propios monarcas y sus coyunturas, a veces decisivas para sus naciones. Tal es el caso de Edwards con este estudio del reinado de María Tudor.

Uno de los hispanistas más prolíficos dentro del modernismo, Edwards ha cosechado el éxito editorial en su ya larga producción. En la mente de todos están manuales como *El auge del Imperio, 1474-1598* (2005) junto a John Lynch, libros sobre instituciones cardinales, en una perspectiva general, como es *The Spanish Inquisition* (1999, ed. española de 2005) y, especialmente, se ha centrado en la España de los Reyes Católicos (*The Spain of the Catholic Monarchs, 1474-1520*, Oxford 2000, ed. española en 2001). Repercusión mediática tuvo, por abordarse facetas no estudiadas antes de la personalidad de la reina, su Isabel la Católica: fama y poder (2004). Estos trabajos y el hecho de ser profesor de Estudios Hispánicos en la Universidad de Oxford, no ha impedido sin embargo que Edwards sea un historiador generalista capaz de ocuparse también de su país, como hace en *A concise history of England* (2010), en paralelo a su atención de los últimos años por la cuestión religiosa en Inglaterra, y por aspectos concretos de ella, como el influjo del arzobispo Carranza en las Islas Británicas o conversiones allí a otra fe, incluida la islámica. Edwards no es, obviamente, el único historiador inglés dedicado a este frente de estudio y se une a otros, como Ronald Truman, ya que la cuestión religiosa estaba totalmente unida al gobierno de los soberanos altomodernos en la Europa de los confesionalismos.

La intensidad de la vida de María Tudor, como personaje histórico, ha hecho que ya desde el Romanticismo fuera objeto de atención incluso por literatos de la talla de Víctor Hugo. Efectivamente, la reina siempre ha transmitido una imagen atormentada, no sin razón, por las difíciles circunstancias hasta llegar al trono y las de su reinado. Las turbulencias de su período han prolongado esta sombra romántica incluso en cierta historiografía contemporánea, que posterga el epíteto tradicional de «sanguinaria» a causa de la represión religiosa, bien expresada en la muerte en la hoguera del arzobispo Cranmer, en 1556. Recordamos en esta línea, felizmente superada, libros como los de Erikson, Henderson o Altamirano. Igualmente, ha protagonizado biografías noveladas y

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 67 (mayo-agosto, 2012)

novelas históricas que incluso llegan a nuestros días. Por suerte, también se han hecho esfuerzos interpretativos más ajustados y en España se ha publicado no hace mucho otra biografía, la muy amplia de Pérez Martín [2008], que coincide casi con la de Edwards en su segunda edición (Rialp, 2012). Ciertamente, el brillo de los años isabelinos, verdadera época dorada con el fracaso de la Gran Armada española y la producción de Shakespeare o Marlowe, ha ensombrecido la etapa de su hermanastra, pero los años de gobierno de María Tudor no son solo fundamentales para entender el período isabelino sino en general para interpretar la historia de Inglaterra.

Mary I. England's Catholic Queen ofrece un profundo acercamiento a ese período determinante para Inglaterra que supuso el reinado de María. Paradójicamente, la sombra de lo español está bien presente –como lo estará con Isabel pero bajo otro prisma bien distinto– por el matrimonio con Felipe de Austria (1554), por su propia educación, en la que intervino el humanista valenciano Juan Luis Vives, y, en definitiva, por la preponderancia continental de la Monarquía hispana en vida de María, con los triunfos de Pavía y San Quintín como jalones y sus consecuencias diplomáticas. Y aún cabría añadir otras victorias de menores réditos de poder, como Mühlberg, pero muy propagandísticas. De hecho, el autor muestra a lo largo de su estudio cómo lo español pesó sensiblemente en la reina: su catolicismo y los orígenes del mismo –su madre y su educación infantil– además de su boda de Estado con un Felipe de España, que, en contraposición a las leyes de la heráldica para los consortes, consiguió que las armas de su monarquía fueran primero que las de su esposa en el blasón real, según se comprueba en monedas o en las encuadernaciones escurialenses. A todo ello pueden añadirse otras cuestiones, entre las que destaca el influjo de la espiritualidad católica de origen hispano en las islas a través de personalidades de la talla del cardenal Reginald Pole, tan citado en todo el libro y tan amigo de Ignacio de Loyola (véase pág. 229). En ambos personajes vieron muchos en Europa –y no solo Paulo IV– la encarnación de dos claros agentes del poderío español. Ya antes de morir Enrique VIII era evidente en Inglaterra el peso del imperio hispano, su influjo y su potencia creciente. Se puede percibir en hechos tan nimios pero tan reveladores como el disgusto del rey inglés por la forma en que el Emperador se dirigía a él por escrito. Tras la victoria de Pavía firmaba simplemente «Carlos», con rotundidad, cuando antes de la batalla se despedía con una mayor muestra de respeto como «Tu hijo y pariente».

Debido a la boda de Enrique con Catalina de Aragón, la madre de María, no faltaron españoles en la corte inglesa que serían apartados por el cardenal Thomas Wolsey a raíz del divorcio real. Uno de ellos fue una personalidad muy influyente en la educación de la pequeña Tudor y futura reina, el referido Vives, llegado en 1523. Había contado entonces con el apoyo de Wolsey, el lord canciller, tras la dedicatoria al rey Enrique de sus eruditos comentarios al *De Civitate Dei* de san Agustín, publicados el año anterior. Edwards recalca el peso de Vives entre los españoles de la corte de Catalina durante la infancia de María (págs. 9-14). Desgraciadamente, la estima del valenciano por el monarca se trocó en temor con el divorcio regio y ya no regresó a las islas cuando pensaba Catalina que la defendería como letrado. «Vives huuo gran temor», se anota al respecto en un manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Salamanca [Ms. 1727, fol. 4]. En una carta a Francisco de los Cobos la reina manifestaría la soledad en que quedaba [RAH, Salazar, Ms. 9/470, fol. 104]. Este enrarecido clima de la infancia de María lo expone con amena intensidad Edwards, que consigue ganarse la voluntad del lector para el resto de su libro desde esas páginas iniciales.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 67 (mayo-agosto, 2012)

La obra se divide en doce capítulos, delimitados según las circunstancias biográficas de María, desde su nacimiento en 1516 a su muerte en 1558. El trabajo de Edwards no es una síntesis con pretensión divulgativa –por más que tenga la virtud de la amenidad–, sino una investigación cimentada en los archivos europeos, sobre todo continentales y particularmente españoles. Estamos ante una biografía de referencia para futuros estudios de María Tudor. La documentación de archivo y fuentes impresas primarias permite al autor trazar el recorrido vital de María con rigor y detalle a la hora de exponer las complejas circunstancias que rodearon siempre al reinado. Y el de María Tudor fue un reinado azaroso desde sus inicios, marcados por la conspiración de John Dudley, duque de Northumberland, para casar a su hijo Guilford con Juana Grey, sobrina de Enrique VIII y pariente del rey Eduardo VI. Muerto éste prematuramente, triunfarían las imposiciones del bando católico para llevar a María al trono con 37 años. Los Dudley y Juana Grey fueron ejecutados y con sus muertes daría comienzo un duro camino de represión que le propició su explícito sobrenombre a la nueva soberana.

El cardenal Pole, arzobispo de Canterbury, fue su gran apoyo, y se sirvió de otros prelados españoles, como Carranza, lo que reforzó el sentimiento nacionalista de los protestantes ingleses. Sigue siendo muy útil al respecto el libro de 1977 de Tellechea Idígoras, *Fray Bartolomé Carranza y el cardenal Pole: Un navarro en la restauración católica de Inglaterra (1554-1558)*. La vida de la reina y de Pole, su gran apoyo, estuvieron indefectiblemente unidas hasta el punto de morir el mismo día, el 17 de noviembre de 1558. Era el fin de una época convulsa, que coincidió en la historia europea con el inicio de otro período, al morir justo entonces Carlos V. Edwards refleja con detalle, pero a la vez con amplia perspectiva, tanto las fases de transición del reinado como los momentos centrales del mismo.

La Real Biblioteca es uno de los centros de investigación más apropiados para el estudio de Inglaterra en los siglos XVI y XVII, desde una perspectiva española, gracias a ser depositaria del voluminoso epistolario del conde de Gondomar, embajador de Felipe III ante Jacobo I. Cuenta, además, entre sus fondos con piezas que documentan aspectos del reinado de María Tudor. Se trata de obras que formaban parte de la librería del conde, adquirida por Carlos IV en 1806. El libro de Edwards, que utiliza por cierto dos manuscritos de la Real Biblioteca, el II/2251 y el II/2286, es sin duda por ello un instrumento interpretativo de primer orden para el conocimiento de dichos fondos.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVIII, 67 (mayo-agosto, 2012)